¿Y MAÑANA?

No podemos ser cándidos como niños. La experiencia de las luchas sociales, los mil y un conflictos entre la burguesía y el obrero que hemos presenciado, nos han venido demostrando hasta la saciedad que, si la burguesía política es muy pródiga en promesas, la burguesía propietaria, capitalista e industrial está tan apegada a su privilegio de «clase poseedora», que no soltará esta posesión si el proletariado no abre esta dura ostra testaruda con la persuasión contundente de una revolución.

Por eso, cuando toda la banda de literatos políticos nos viene ahora con el cuento de que el actual sangriento conflicto europeo derivará hacia un mejoramiento de las condiciones de vida proletaria, nos fijamos inmediatamente, no en lo que auguran o prometen los primates de los diversos partidos políticos, sino en lo que hacen y en lo que cabildean los grupos burgueses. (Y lo que cabildean, acuerdan y mandan ejecutar a sus políticos y propagar en sus periódicos, puede comprenderlo el lector leyendo el libro de Francis Delaisi, *La Democracia y los Hacendistas*. Es muy instructivo.)

Cuando en plena lucha de burguesías contra burguesías, es decir, cuando más necesitadas están del elemento obrero, vemos en las naciones combatientes amordazados todos los derechos individuales en su exteriorización de dicción y acción, quedando anulados ante el férreo poderío legal del elemento militar, diplomático o gubernamental, porque así, se dice, lo exige el interés general, nos es costoso creer que, pasado el peligro, tengan mañana las burguesías mayores respetos y deferencias para los que con sus huesos y su sangre las hayan sacado del atolladero. De otros atolladeros parecidos las han sacado los proletarios sin que la gratitud burguesa haya ido más allá de las frases encomiásticas.

Por eso, cuando la grey periodística nos dice y asegura que Europa saldrá de esta guerra asentando su porvenir en «un nuevo derecho», se nos ocurre inmediatamente preguntar de qué índole será este nuevo derecho, si se tratará únicamente del derecho que se arrogan las burguesías a arreglar sus diferencias nacionales e internacionales como quieran o les convenga, o del derecho que tienen los obreros a ser también libres de sus destinos y propietarios de la riqueza social.

No acertamos a ver que las clases privilegiadas se encaminen por estos últimos derroteros. Si la guerra europea no enseñó a las burguesías más lección de «generosidad» que la de negarse y ahogar por la fuerza reclamaciones obreras que no van más allá de contentarse con unas migajas de la mesa de quienes redondean ahora sus negocios gracias precisamente a la guerra (1), dígasenos qué responderían si se tratase de reivindicaciones que atentaren contra su privilegio de posesión. De memoria nos sabemos de qué sustancia económica serán las nuevas felicidades obreras que nos auguran los literatos políticos para cuando la guerra termine.

Sí, de memoria nos las sabemos. Alejada la tempestad; en un sitio apabullado, que no aniquilado, el militarismo; engreído, que no escarmentado en cabeza agena, en otro, podrán rectificarse fronteras políticas, pero no se rectificarán las fronteras económicas que separan las burguesías de los proletariados; podrán establecerse convenios de orden político y aduanero entre las burguesías de nación a nación, pero ninguna garantía, ningún rehén han empeñado las burguesías que mañana las obligue a conceder mayores probabilidades de vida y respetar mayores derechos y libertades proletarias. Que sepamos, ningún convenio formal han firmado con sus esclavos del taller, de la mina, del surco y del mar. (Y aquí vendría de perilla hablar de un previo *do ut des* de rúbrica en semejantes casos, de los favores que se olvidan apenas recibidos, de la ingratitud humana, etc., etc.). Los proletarios han depuesto en todas partes la actitud de rebeldía con que habían amenazado, pero las burguesías no se han comprometido a nada para el porvenir de los trabajadores. En presencia del real sacrificio del proletariado, no hay, por parte de las burguesías, más que las vagas promesas de sus escritores y políticos, hombres cambiables como las veletas, esperanzas lanzadas al viento, en fin, palabras, palabras y palabras. Después, después el olvido y todo por rehacer y conquistar aún. Quedarán, eso sí, y esta es la fija, las mismas ambiciones burguesas, los mismos odios de religión, de raza o de nacionalidad, agrandados por la lucha presente, los mismos afanes por el desquite o por la defensa de lo conquistado, las mismas amenazas para mañana. ¿Qué no? Leed estos dos telegramas que no tienen desperdicio:

«*Burdeos, 18.*—Ayer mañana llegó el vapor *Rochambeau*, el correo de Nueva York, llevando a bordo a Owen Johnson, que viene a estudiar en Francia el sistema de reclutamiento para el servicio obligatorio que preconizan, en los Estados Unidos, Roosevelt y Hugues, candidato este último a la presidencia.

»También se hallaba a bordo Rosenthal, representante de la sociedad francesa para el desarrollo de las relaciones comerciales con los Estados Unidos.

»Rosenthal informa que los norteamericanos organizan febrilmente la exportación, fundan escuelas de comercio y cursos nocturnos de francés y español, creyendo que después de la guerra la producción sufrirá un paro por falta de mercados.—*Havas.*»

«*Washington, 23.*—He aquí algunos nuevos detalles sobre el programa naval votado por el Senado:

»Se construirán 157 nuevas unidades navales, de las cuales, 66 serán comenzadas inmediatamente. Estas unidades son: 10 acorazados de batalla, de los cuales, cuatro serán comenzados en seguida; 6 cruceros de batalla, de los cuales se comenzarán cuatro inmediatamente; 10 cruceros exploradores, de los cuales se construirán cinco en seguida; 50 destroyers; inmediatamente comenzará la construcción de 20; 9 submarinos, 3 de 800 toneladas, destinados al servicio de guardacostas; 55 de un tipo más reducido, de los cuales, 27 se comenzarán a construir inmediatamente.

»La nueva ley prevé, además, la construcción de barcos carboneros, trasportes de municiones, buques hospitales, submarinos para el servicio de aprovisionamiento y cañoneras, como también la creación de estaciones de aviación para completar la defensa naval.

»Este programa—dice el *New York Herald*, dará a la flota norteamericana un valor igual al de las más potentes flotas del mundo.—*Havas*».

Es también sintomático. Significa que la historia del dolor humano se continúa sin interrupción, que unas naciones se levantan cuando otras caen, que el archiburgués «tu muerte es mi vida»—médula del sistema político-capitalista—continuará siendo la finalidad de todos los grupos burgueses y que, por lo tanto, sueños son las esperanzas de este pacifismo espinoso con que la miope literatura de unos cuantos pretende cloroformizar las reales heridas del proletariado combatiente.

Los pueblos, se ha dicho, comprenderán ahora el peligro del militarismo y los gobiernos se avendrán al desarme... No son de este parecer, por lo visto, el Gobierno de los Estados Unidos que con el oro de Europa se arma hasta los dientes ni el gobierno del Japón que se alía militarmente con Rusia.—Y fíjarse como coinciden países monárquicos y republicanos.—No son de este parecer las clases conservadoras de todos los países que, por boca de sus más prestigiosos escritores científicos (?), continúan sosteniendo la tesis de que la guerra, y no la paz, «vigoriza» los pueblos. No serán de este parecer todos los partidos religiosos, siempre regresivos, que en cualquier mínimo avance de la democracia ven un peligro para sus tradiciones e intereses y se aferran a la política gubernamental del palo y tente tieso en nombre de Dios y en la guerra ven la expiación y consiguiente regeneración de la culpa del ateísmo (1). No serán de este parecer industriales y comerciantes que para dar salida a sus mercancías necesitan mercados y obligan a sus gobiernos a que se los conquisten, de grado o por la fuerza, creando un semillero de conflictos futuros. ¡El continente africano y el extremo Oriente serán los tableros sangrientos de las futuras grandes guerras. No serán de este parecer propietarios, capitalistas e industriales que nunca creen tener bastante fuerza armada en las calles que les defienda del proletariado militante y acusan constantemente a los gobiernos de que les «dejan indefensas sus propiedades». No serán de este parecer, y serán lógicos, los mismos encargados de la defensa nacional que vean como el ambicioso vecino se arma hasta los dientes. Hasta llegarán a no ser de este parecer los mismos obreros que, como los del Ferrol algunas veces, han estado a dos dedos de amotinarse cuando por falta de fondos el gobierno ha tenido que paralizar el trabajo en los arsenales. Con semejante inconsciencia obrera los gobiernos pueden permitirse toda clase de belicosidades. Y téngase en cuenta cuanto habrá fomentado la guerra este interés particularista para que no lo exploten mañana las belicosas clases conservadoras.

¿Podrá prevalecer, contra estos pareceres, la voz del proletariado cousciente y sacrificado, cuando invoque su sacrificio en aras de intereses que no eran genuinamente intereses de su clase, de intereses sólo de modo vago, confuso y contradictorio generales? Los que así creen y dicen se las prometen demasiado felices. Y si la burguesía dice *non possumus*, ¿de qué habrá servido el sacrificio y a quién habrá servido?

¡El desarme, la reducción de armamentos en pleno régimen político-capitalista!... Si el socialismo no ha podido ponerle el cascabel al gato, antes al contrario, le ha prestado su apoyo para el ataque y la defensa, no será seguramente el gato quien se corte voluntariamente las uñas para dar gusto a la literatura de unos cuantos sentimentales—¿acaso no reputábamos imposibles tales sueños? (2)—que no saben ver que el gato sabe de sobras que necesitará las uñas para defenderse, primero, de tantos gatos como naciones capitalistas quedarán al acecho de lo que salir pudiere de una contienda que ofrecerá fáciles despojos a las ambiciones de expansión nacional y dará pretextos mil para las desconfianzas, y, segundo, del socialismo verdaderamente revolucionario cuando éste pueda algún día amenazar o atacar de firme, sea porque su número comience a constituir un peligro o sea porque se hubiese filtrado de tal modo en el ambiente que se haga incompatible con la vida social que la burguesía se empeñará en defender hasta el último momento. Todo lo que se pode y cercene de momento retoñará y crecerá mientras subsista la causa que le dió vida. ¿Piensan acaso, burguesías y gobiernos, en derrocar la «propiedad privada», en asentar el derecho sobre otra base que no sea el «capitalismo»? Pues si no es ilusión de niños, es una farsa de políticos demócratas esta cantilena de que esta guerra va a renovar el mundo.

¡Renovación de los espíritus... cambio de valores sociales... evolucionismo pacífico asegurado... la Europa federada... autonomía de las pequeñas naciones.. nuevos derechos populares...! en fin, todos los idealismos de los partidos políticos que creen salir triunfantes después de la guerra. Ya veremos en que para todo esto... dentro de un par de siglos si la burguesía quiere resolverlo. (1). Muy bueno todo para entretener la espera del hambre de los pueblos y de paso darse la burguesía aires de innovadora y aún de revolucionaria, estilo Maura, con su «revolución desde arriba», para desvirtuar aquella «revolución desde abajo» de la Internacional que quería «el individuo libre en el grupo libre dentro del municipio libre en la región o nación libre de federarse», es decir, partiendo de la célula social y no inversamente, como predican los innovadores de última hora que creen haber descubierto el Mediterráneo. Es muy lenta y de círculo vicioso la evolución metida por este sendero capitalista y encauzada por la Religión y la Autoridad, cuando el forceps no la ayuda de tanto en tanto. Algo sabe de esto la actual burguesía descendiente de aquella que destronó a la nobleza.

Pero que inmediatamente el proletariado tome en serio esta fraseología de literatos creyendo que puede llevar *también* a la práctica sus idealismos socialistas y sus reivindicaciones económicas—si es que le quedan fuerzas numéricas y energías morales y mentales después de esta sangría—y la policía y la carcel se encargarán de decirle elocuentemente que «no es tiempo aún», que hay que esperar un poco más, que todos sus idealismos reivindicadores, *si han de ser un hecho, no han de salirse y desarrollarse fuera de la órbita y dirección que le convenga a la burguesía privilegiada*, respetando los intereses de patronos y obreros, como diría un Millerand; que hay otros problemas y otros idealismos a resolver primero—los de la «revolución desde arriba»,—es decir, la eterna y adormecedora canción del reformismo burgués que no tan solo no ha reformado esencialmente nada nunca, sino que nos ha llevado, precisamente, con el antagonismo de intereses que deja en pié, a la catástrofe que estamos presenciando y que ya habíamos previsto. (Véase el folleto de Delaisi, *La guerra que se avecina*).

Nada esperamos de la buena voluntad de la burguesía. Nada vemos en el ambiente que nos asegure que va a recompensar el sacrificio de sus esclavos desprendiéndose de riquezas y privilegios que cree suyos y muy suyos y se sulfura a la sola idea de que el socialismo revolucionario, el socialismo anarquista, el único socialismo con el cual no transige, pueda algún día, con o sin evolución pacífica, hacer tabla rasa de ellos. Hoy como ayer, mañana como hoy, la emancipación integral—médula de nuestros ideales—, hasta simples mejoras en las condiciones de vida proletaria, tendrá que ser obra de los propios esfuerzos proletarios. (1) Podemos, pues, mantener todas nuestras críticas y afirmaciones de antes de estallar la guerra. Ninguna concesión teórica de orden político-económico podemos hacer a las burguesías. Es la burguesía la que tiene que ir haciendo concesiones, reduciendo sus privilegios de posesión y de mando, que nos convenza de una bondadosidad que no ha demostrado jamás. No debemos creerla *a priori*. No, ninguna concesión teórica podemos hacer a la burguesía. Pero como que a la fuerza ahorcan, podrá ésta habernos envuelto materialmente en el fregado de sus ambiciones económicas y de sus errores diplomáticos, pero si el socialismo revolucionario quiere ser fiel a la lógica de sus críticas negativas y al corolario de sus filosóficas afirmaciones positivas, ha de seguir manteniéndolas en toda su integridad y amplitud, porque ellas implican, no tan solo la emancipación proletaria del yugo capitalista que tan trágica y catastróficamente viene desarrollándose en el curso de los siglos, sino la emancipación de todo el género humano del yugo de errores religiosos, de los egoísmos, de las ambiciones y de los intereses particularistas que arrancan y anidan en sistemas de gobierno y de convivencia social reñidos con la justicia y la verdad.

Tanto peor para los pueblos que por ignorancia, apatía, rutinarismo, pobreza de comprensión, sugestión de predicaciones contrarias y de cobardías derivadas de todo esto, desoigan la constante predicación del socialismo revolucionario. Continuarán sucumbiendo víctimas del régimen político-económico imperante, de modo fatal, hasta el día en que nuestra propaganda consiga ganar la mente y el corazón del mayor número. No conseguiríamos aminorarles y liberarles de su dolor ni que nuestro generoso sacrificio nos llevara, voluntariamente, por conmiseración, a sumarnos, confundirnos y anonadarnos colectivamente en la trayectoria de los principios de la política y de la economía burguesas. ¿Qué más quisiera la burguesía sino arrancarnos a nuestra intransigencia? Demasiada ayuda ha tenido y tiene con la sumisión casi incondicional del socialismo demócrata, que, de concesión en concesión teórica a los pequeños problemas que apasionan a las burguesías políticas, ha llegado al extremo de tener que compartir con éstas la actuación y la responsabilidad intelectual, moral y material que ante la historia les cabe en el actual conflicto. Consecuencia de haber gradualmente abandonado la «lucha de clases» por la «colaboración de clases».

Como el que más pueda sentimos el dolor ageno como si fuese propio; si a la fuerza ahorcan, envueltos quedaríamos también «materialmente» por la fatalidad de la convulsión social, como lo quedaríamos por un terremoto, por un ciclón, por una peste u otra calamidad semejante; (1) pero de esto a reconocer «teórica mente» principios y procedimientos burgueses, a compartirlos y propagarlos, media la distancia que va de lo que consideramos verdad a lo que consideramos error, de la consecuencia a la contradicción, de la férrea lógica al equilibrismo del oportunismo.

Los hombres, y sobre todo los hombres de vanguardia, los hombres que sustentan ideales de lejana realización como el nuestro, (2) por pugnar de modo tan ostensiblemente contrario al pensar y sentir corrientes, los hombres de vanguardia, repetimos, individualmente considerados, pueden, en ciertas graves circunstancias, ser «actuales» hasta el punto de someterse—y conste que no llamamos a esta sumisión flojedad o cobardía porque conocemos demasiado que la resistencia individual tiene sus límites y no puede ser sobrehumana—a fuerzas superiores a su voluntad después de haber luchado contra ellas; pero las ideas, los principios, las teorías, no, mientras los consideremos justos y verdaderos. Los principios, las teorías, las ideas, vienen obligados a ser «inactuales», porque representan, tal hemos creído siempre y continuamos creyendo hasta prueba evidente de lo contrario, representan, sobre el desarrollo del mezquino momento presente, la superación, precisamente, de este momento; representan el porvenir; representan la reacción contra el medio que nos cohibe o aplasta; representan la convicción y la esperanza en un mañana más libre, más digno, más pleno de vida; representan la floreciente fuerza que ha de ir renovando el defectuoso sistema social sustituyéndose a lo que por ley natural de la evolución de cosas y seres caduca y muere; representan, en el orden social, esta fuerza físico-química que mantiene la cohesión de la materia y la eleva desde el átomo al organismo más perfecto. Velar debemos para que la influencia de nuestros idealismos mantenga el máximo posible la cohesión espiritual para que pueda purificar y renovar el medio social. Sobre el trastorno, pasajero, de instituciones caducas y de instituciones nacientes; sobre la confusion que en el ánimo siembra la visión de prematuras esperanzas frustradas; sobre la fuerza material que nos obligue a contradecirnos en nuestra particular actitud; sobre el dolor que nos cause el ageno dolor y nos incline a tenderle una mano generosa, tenemos que levantar nuestro ideal para que sirva de faro bien luminoso a todo el mundo, adversarios inclusive.

Rudo dilema el actual conflicto ha planteado al socialismo anarquista. Pero ya que éste no haya podido atajarle, ya que no haya podido salvar a sus hombres del torbellino irresistible que les envolvió, llevándoles a donde no querían ir, siquiera no tengamos la complacencia teórica de decir que los que nos han guillotinado democráticamente son mejores que los que nos han ahorcado autocráticamente, que hay un patriotismo de borregos y un patriotismo de héroes, que un militarismo es agresivo y otro es defensor del derecho, y fundamentar, sobre éstos y otros supuestos que se irían derivando y que siempre hemos criticado y combatido, una serie de peregrinas elucubraciones que si disculpan y disfrazan nuestra actual impotencia, regocijan, en cambio, a nuestros adversarios, por lo que tienen de halagüeñas para sus teorías y sus procedimientos político-gubernamentales. Cuando ni la protesta verbal era dable, el silencio habría sido más elocuente. Siquiera éste no nos llevaba de bracete con toda la monserga de la literatura al uso que augura y promete lo que las burguesías todas olvidado tienen desde luego porque ya desde luego llevan el propósito de solucionar el conflicto con arreglo a sus intereses de clase y prescindiendo del interés proletario.

Para nosotros, esta guerra es la confirmación de nuestras críticas del sistema político-económico imperante en todas las naciones. Para nosotros, esta guerra es la confirmación de la verdad científica y filosófica de nuestro ideal, si hoy desconocido de las multitudes, que mañana las libertará si se dan cuenta del abismo a que las llevó el capitalismo político.

Que la perseverancia, virtud de los convencidos, nos dé a los sobrevivientes la energía necesaria para seguir propagándolo, a pesar y por encima de todas las ofuscaciones, apasionamientos y errores del doloroso presente momento histórico.

---

(1) Dejemos que lo corrobore Unamuno con las siguientes palabras, sacadas de su artículo *El liberalismo de Ginesillo de Pasamonte* (*Publicidad*, Barcelona), dedicado al gobierno que revienta huelgas para que no estorben el negocio de la cínica burguesía:

«... Ahora sufrimos el régimen de la mordaza o sea la censura previa. Y ejercida por ministriles a quienes no sobra inteligencia, y, que acaso ejerciéndola, se vengan de su incapacidad para pensar por cuenta propia.

»El otro día me contaba Gabriel Miró una cosa trágica. Y es que en un cierto pueblo de España cogió alguien un águila y para poder mostrarla más en seguro le puso un bozal bien sujeto. Pero la pobre águila se le escapó y anduvo unos días volando sobre las cumbres y bajo el cielo con su bozal al rostro hasta que sucumbió de hambre. Debe de ser horrible eso de volar con vuelo de águila y con bozal. Pónenselo a uno para que no hable, pero el que no puede decir lo que siente y piensa, acaba por morirse de hambre, a menos de que no sea ministerial u hombre de orden. Se muere de hambre espiritual. El ministerial no, ese no se muere ni puede morirse porque es inmortal. Inmortal como la muerte. Y además, como ni siente ni piensa, no necesita decir nada.

»Y no es sólo que estos mal llamados liberales, cuando no pasan de romanonistas, no sientan ni piensen; es que odian el sentimiento y el pensamiento. El régimen actual en España es el de la misología, el del odio al pensamiento. La consigna es la que fué de Guizot a la burguesía francesa del tercer imperio: enriqueceos. «Enriqueceos, sea como fuere, pero no penséis, no opinéis.»

»Preside a los consejos de la Corona uno de los hombres más ricos de España; lisiado y decrépito, aunque no viejo, que no sólo se enriquece, sino aspira —justo es hacerle justicia— a que nos enriquezcamos también los demás españoles. Pero no espiritualmente. «¿Para qué quieren pensar si se gana mejor la vida sin ello?» —debe de decirse—. El pensamiento es lo que estorba porque es lo que inquieta. Y aunque ese hombre haya podido pasar por inquieto —¡mentira parece! es el supremo apóstol de nuestro quietismo. Su habilidad suprema es hacer que hace y no hacer nada y prometer lo que sabe que no podrá cumplir...

. . . .

»...¿Por qué va a haber descontento en Cataluña? —me decía hace poco un catalán—. Aquí no falta trabajo, se cobran bien los jornales y hasta se hacen negocios con esto de la guerra; todo eso, pues, de las reivindicaciones catalanas y de la personalidad de Cataluña no son más que cosas de cuatro ambiciosos que hacen política.

. . . .

»... Y si, por ejemplo, se hacen negocios a causa de la guerra, ¿para qué ponerse a pensar y a sentir respecto a su íntimo valor y de qué lado de los beligerantes esté la justicia? La neutralidad significa precisamente eso; inhibirse de estudiar la justicia para mejor poder lucrarse de unos o de otros o de unos y de otros.

. . . .

»La huelga vino que ni aposta. Se cerró el tinglado, Ginesillo recogió sus muñecos metiéndolos de nuevo en la caja y ¡a veranear se ha dicho! Respiraron los fantoches. Y luego para que los otros no nos molestaran, como moscas de verano, la modorra de la digestión del destinillo, vino el bozal, pero de modo que a través de él se pueda comer, aunque no morder ni picar. Y eso de la previa censura. Con lo que en el fondo están encantados todos los que no piensan, que son los más. Pues para ellos querer hacerles pensar en lo que pasa, querer hacerles ver donde está la justicia en esto de la guerra, v. gr., es molestarles gravemente. Es como darle a un ennuco un afrodisíaco; le produce irritación de diarrea...»

(1) Véase el libro de Monseñor Baudrillart, *La guerra alemana y el catolicismo*, escrito para que los germanófilos católicos de España y de Italia —que los hay aún en Rusia y el Japón. El general Cadorna parece que tuvo que echarlos del ejército por su dudoso patriotismo y en la corte rusa por poco dan al traste con el tinglado de la alianza—, abracen la causa de los aliados y se convenzan de que esta guerra es el castigo que dios inflige a la Francia laica y descreída, y que de la guerra saldrá triunfante el deísmo, el clero, las buenas tradiciones francesas, tal vez la monarquía, etc., etc. Por su lado la tía Javiera de enfrente, los protestantes alemanes, también tratan de avalorar sus buñuelos, el triunfo de la justa causa alemana, la bondad de dios, el resurgimiento de la religiosidad, etc., etc., según el pastor castrense que se expontanea con un corresponsal de *La Vanguardia* del modo que sigue y copiamos para que el lector vea que los pastores espirituales no tienen traza de enmendarse:

«—Aunque sin duda se ha exagerado algo —decíame el castrense , sobre el resurgimiento religioso que ha producido esta guerra, es indudable que es bastante grande y profundo. Es natural, delante de la muerte, sólo la de Dios es la idea que reconforta y anima, porque Dios es el más allá donde la muerte conduce. Yo lo noto con mis soldados: asisten con más unción a los oficios divinos, gustan de lecturas piadosas, a las que muchísimos no se habían entregado nunca en su vida, escuchan con agrado e interés las pláticas que les dirigimos dos veces por semana, y cuando están enfermos o heridos y acudimos a ellos, vése cuán grande es el bien que les hace cuanto les decimos. Pero si son muchos los que denotan un retorno a la fe medio apagada o perdida, no deja de haber también, desgraciadamente, quienes, como posesos repentinamente por el espíritu del mal, abjuran de la religión que profesan y cierran los ojos ante el Dios en quien habían antes creído. Una vez, al acercarme al lecho de dolor de un oficial moribundo, a quien acababan de herir en un furibundo combate, víme rechazado por él y tuve el dolor que me desgarró el alma, de oirle exclamar estas palabras antes de expirar: —Como fieras hemos luchado unos con otros, como fieras malditas. ¿Cómo es posible que permita Dios esto? No, no puede ser; no, dejadme que muera diciendo que no creo en el que hasta ahora he creído...—Pero estos casos son pocos, pocos por fortuna. Son los más, los que ven en esta guerra un *juicio de Dios*, un medio que Dios brinda a nuestro pueblo para demostrar la justicia de nuestra causa, así como la mala fe de nuestros enemigos a los ojos del mundo.—»

¿Quién nos compra un lío religioso? Todos estos padres de almas que arriman mañosamente el ascua del dolor humano a su sacristía. ocultan a sus ovejas una verdad muy profana: la de que estos pueblos se baten por «intereses económicos» tan contradictorios que ponen frente a frente cristianos contra cristianos, católicos contra católicos, protestantes contra protestantes, heterodoxos contra heterodoxos, musulmanes contra musulmanes, y alía, al mismo tiempo, católicos con protestantes y heterodoxos, musulmanes con heterodoxos y con católicos y protestantes... una verdadera chanfaina mística. La religión, en esta barahunda, ha sido un excelente auxiliar de los gobiernos azuzando al rebaño para que defienda y ataque intereses muy materiales, y si el rebaño tuviera buen sentido, después de la guerra, ya que no lo ha tenido antes, haría como este moribundo alemán que reniega de un dios tan diverso y contradictorio y por el que se baten «como fieras» sus ciegas criaturas.

(2) De imposibles los reputa también escritor de tanta valía literaria como Paul Bourget, en su reciente libro *Las lecciones de la guerra*. Examina cuatro hipótesis acerca de las condiciones de paz. Rechaza como imposible la primera, la de que Francia sea vencida, y dice:

«De haber resultado vencida, la nación no hubiera vivido sino con un firme propósito: libertarse de las condiciones que le habrían sido impuestas, y, por lo tanto, no hubiera sido necesario predicar la paz armada. La segunda hipótesis no es menos probable: la derrota de Alemania, una derrota tan completa como la que infligió Napoleón después de la batalla de Jena. No tendríamos ante nosotros a Prusia, sino a Alemania, o sea a una nación de sesenta y cinco millones de habitantes. Por mortífero que imaginéis el final de la campaña, el territorio enemigo quedará siempre demasiado habitado para que no nos cumpla la obligación de mantener en sus fronteras esa masa enorme de habitantes. ¿Cómo mantenerla? ¿Por qué medio? Por la fuerza. Y tenemos, otra vez, la paz armada. Examinemos ahora las dos últimas hipótesis: una, que el resultado de la guerra permanezca incierto, y que llegue la paz por cansancio, por desgaste recíproco, por imposibilidad de continuar, por uno y otro lado, el monstruoso esfuerzo. Paz armada. Ultima hipótesis, la más probable, a mi juicio, y la más deseable: que los aliados venzan al poderoso adversario y le impongan —única solución eficaz— la desagregación del Imperio, o sea la división y partición existente antes de Bismarck: un mosaico de Estados independientes. La paz de Europa quedaría asegurada, con la reserva, no obstante, de que sería, entonces también, una paz armada.»

Y he aquí como se anda dando vueltas en un círculo vicioso: Francia vencida, es la *révanche*, la guerra futura; Alemania vencida y disgregada, es también la *révanche*, la guerra futura, porque, como el mismo Bourget adivina, Alemania no se resignaría:

«¿Por qué? El mismo señor Billow va a responderme. ¿No más Imperio? Lo que resulta, precisamente, de este estudio acerca de *La Política alemana*, es el apego de Alemania, no a la persona del emperador, sino al Imperio mismo. El Imperio es, para Alemania, la coronación de su historia. El señor de Bülow sintetiza esta historia en tres épocas: un periodo de la Edad Media, «en que el Imperio alemán ejerce sin disputa la preponderancia en Europa, época de unión nacional en que las tribus y los duques encontraban el límite de su arbitrariedad en la voluntad y poderío del Emperador». Otro periodo, después, de plazo indeterminado, en el que la vida política de Alemania se disuelve en una multitud de comunidades municipales y territoriales independientes, en tanto que—fijáos en estas frases—, en tanto que se formaba en Francia, bajo fortísima voluntad, *el compacto Estado nacional que sustituyó a Alemania en la preponderancia europea*. Un periodo, por último, el contemporáneo, en que «el pueblo alemán ha recuperado, con forma moderna, pero con la base antigua, aunque perfeccionándola, la obra antaño efectuada, rápidamente llevada a cabo, y destruída a poco por su propia culpa.»

Y ahora viene lo más sabroso, lo más nuevecito, para todos los que sueñan matar el militarismo alemán. Si Alemania viese destruído su Imperio, emplearía, según el propio señor Bourget, todas sus energías en reconstruirlo, para encontrar de nuevo el campo abierto a su actividad industrial y comercial. ¿Cómo impedírselo? Oigamos de nuevo al escritor francés:

«Alemania meditaría, pues, la ruptura de la paz, sea cual fuere, que los aliados le impongan, hasta que llegue a convencerse de que su sueño imperialista se ha realizado accidentalmente, por un encuentro de hombres y de circunstancias que no se reproducirá más. Y para que llegue a convencerse de ello, tiene que ver ante sí una Francia resuelta y vigorosa, *una Francia guerrera*, cuyas energías tiendan no hacia una conquista—nuestra frontera del Rhin marca el límite natural y prudente de nuestras ambiciones—, sino hacia el mantenimiento del mosaico alemán.»

Y aquí tienes, lector, resucitado el militarismo. Aquí tienes todo el ideal de renovación que se propone la burguesía, toda la solución que puede dar el sistema político-capitalista: competencia, envidias, ambiciones, choque de fuerzas, vencedores y vencidos, paz armada, reconstrucción de energías, afanes por el desquite, afanes por el *statu quo*, conflicto que se agudiza, nueva guerra... y vuelta a empezar.

(1) Por de pronto todo esto lo deja en segundo plan. En lugar de eliminar causas de guerra y limar asperezas, las burguesías políticas y financieras se proponen intensificar la acción de esta maldita competencia o rivalidad industrial y comercial que ha contribuido a llevarlas a dirimir sus diferencias en los campos de batalla. A la guerra de las armas se sucederá la guerra de aduanas de la que, al parecer, ni las naciones neutrales saldrán indemnes. Y así como el peso brutal de la guerra lo han soportado mayormente las multitudes obreras, el peso de esta rivalidad industrial y comercial burguesa tendrán que soportarlo también los bolsillos proletarios. Los gobiernos y los particulares burgueses quebrantados financieramente—no todos se han beneficiado—por este enorme choque, querrán desquitarse de sus pérdidas y recuperarlas *cuanto antes*. Algunos impuestos de guerra, sino todos, continuarán pagándose, mayormente en las naciones que resulten vencidas, durante buen número de años, y sabido es que los impuestos recaen sobre el obrero. La guerra será, además, un excelente pretexto pora los patronos para excusarse de atender las reclamacioees obreras, y así como en plena lucha y en alguna nación neutral hemos oido decir al gobierno que «no es patriótico ni oportuno» plantear huelgas, porque trastornan el trabajo nacional—léase el negocio de la burguesía—, mañana tampoco será patriótica ni oportuna la reclamación obrera porque, se dirá, dificulta la reorganización del trabajo nacional, es decir, la explotación normal del obrero. De cualquier modo que se mire, es seguro que la burguesía europea piensa en primer término reingresar en sus cajas la mayor parte del oro que se le marchó al extranjero, y con la intensificación de la competencia que van a hacerse los actuales beligerantes para excluirse mútuamente de los mercados, los proletarios llevan la de perder. No es una nueva sociedad, no es un nuevo derecho lo que asoma; es la reanudación del funcionamiento normal de la vieja sociedad y del histórico derecho lo que retoña. ¿Pesimismo? Dejemos aquí la palabra a uno de nuestros adversarios, que a la vez se escama y predicaba felicidades, tan desorientados andan todos, para que el lector vea si andamos desencaminados como podrían suponer los Panglos de nuestro siglo.

Dice *La Publicidad*, de Barcelona:

«Ciento sesenta y cinco nombres de personas y casas españolas figuran en la primera lista negra francesa que se ha publicado en el *Diario Oficial* de la República. A esta lista irán siguiendo otras. Y así todas aquellas casas que habrán tenido trato, relación, amistad o simpatía con los Imperios de la Europa central, serán registradas en ellas. Francia ha seguido con esto los procedimientos de Inglaterra, cuya lista negra hace tiempo funciona y cuyos efectos se dejan sentir con todo el rigor.

»Y he aquí como suenan los primeros cañonazos de alarma, anunciando la implacable guerra económica que se prepara para después de la paz. Hoy se incluye en la lista negra a las personas y a las casas que tengan cariz germanófilo o relación alemana. Mañana se incluirá en la lista negra a los pueblos. Y con la aplicación de una de las tres tarifas aduaneras, la de guerra, se obligará a los pueblos a someterse o a sucumbir. Una estrecha relación guarda el bloque económico de los pueblos aliados que se preparan para el ataque y la defensa —y del que hablábamos en nuestro editorial de ayer—y la confección de las listas negras que irán creciendo y completándose...

. . . .

»Alemania, hemos de creer, a su vez, aunque no lo haya publicado, tenga formada tambien su lista negra. El comerciante, el industrial español, se encontrará en una situación comprometida, con dos espadas que le amenazan el pecho.»

(1) Si los proletarios, resignados en la creencia religiosa y desorientados por la farsa política, no fuesen lo perfecto adoquines que el capitalismo ha querido que fuesen, verían claramente que todas sus actuales protestas y todas sus futuras reclamaciones legales serán vanas mientras no las sustituyan por un sólo y firme propósito: la adquisición colectiva de la propiedad (tierra, instrumentos del trabajo, medios de transporte, etc.), y por el único medio que puede dársela: la expropiación total de la burguesía. Porque todo lo que se haga presentemente para paliar sus males: leyes protectoras del obrero, derechos políticos, derechos de asociación y de huelga, retiros y pensiones, impuestos sobre la riqueza, etc., se estrellarán y desvirtuarán fatalmente contra este hecho: «el grupo social que tenga el privilegio de la propiedad de *las cosas* continuará siendo dueño de *las personas* que no las posean», y las burlará y esclavizará cuando le venga en conveniencia. Todo un señor subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros, apoyándose en una larga lista de pensadores antiguos y modernos, aunque excluyendo deliberadamente los de filiación anarquista —político al fin y al cabo— viene a corroborar últimamente nuestra rotunda afirmación. Dejemos la palabra al señor Baldomero Argente, reproduciendo de la revista *Ergos* lo más substancioso de sus «Meditaciones sobre la guerra»:

«Variar solamente los textos escritos es como revocar la fachada de un edificio dejando el interior intacto. Pretender la liberación de un pueblo mediante la mera promulgación de leyes políticas es como pretender hermosear una calle con sólo darle un nombre más pomposo. Esto recuerda toda la vacuidad de nuestras luchas políticas, no las pasadas únicamente, sino también las actuales, las que ahora inflaman muchas peroraciones y tal vez las del porvenir.

»Pues si la constitución política no es nada y la constitución económica lo es todo, en la economía social está innegablemente el origen y el cimiento del poder. En aquella ha de buscarse la explicación del enigma que la guerra ofrece; como una minoría ha podido lanzar las naciones al conflicto y por qué esa minoría, ya que «podía», ha «querido» provocar la contienda...

. . . .

»La ciencia política del siglo transcurrido —dice un escritor insigne— está dominada por el concepto de que las leyes *proles sine matre creata*, producto arbitrario del genio del hombre de Estado o del principio inmutable de la justicia suprema, logran modificar a ellas la estructura orgánica de la sociedad. Este concepto formó la grandeza de la ciencia jurídica, y especialmente en el siglo XVIII, hizo del Derecho Público principio y fundamento de la ciencia social. Mas a medida que el pensamiento ahondaba en el análisis de la sociedad se iba desenvolviendo un concepto completamente nuevo y distinto, en el cual la ley no es considerada como una iniciativa arbitraria, sino como una producción orgánica del propio tejido económico, y a la primera y superficial concepción de las relaciones entre la legislación y la economía social, reemplazó el concepto más penetrante y profundo, que ve en la constitución política una superestructura de la constitución económica y producto necesario de ésta.

»El proceso por el cual la constitución económica determina la constitución política, el nexo orgánico que la enlaza es el monopolio qolítico de la sociedad capitalista; monopolio por el cual las relaciones económicas forjan aquella composición del Estado y aquella dirección legislativa que son más provechosos para quienes usufructúan el sistema económico vigente, que por esto tiende mejor a consolidarlo. Así, la política no es sino un método de persistencia de la propiedad capitalista, un instrumento para su conservación y aumento.

. . . .

»Si la masa del pueblo hubiera «podido» no habría estallado la guerra. Pero la masa no puede impedir lo que deciden quienes la dominan. Y esto ocurre lo mismo en los países gobernados despóticamente, que en los democráticos; porque el poder político no nace del número, sean cuales fueren las constituciones escritas o las instituciones políticas, sino de la riqueza.

»Que el poder y la riqueza mantienen conexiones íntimas es cosa que el vulgo barruntó siempre. Por algo se llamó siempre también al rico «poderoso». En todas las lenguas hay vocablos en que concurren estas acepciones afines. Y escritores de todo tiempo lo han entrevisto y afirmado. Estaba reservado a nuestros partidos políticos desconocerlo o impugnarlo.»

Para nosotros esto es muy claro, más claro aun de como lo ve su autor, que, paladín de «el impuesto único», preconizado por el norteamericano George, cree que con él se salvan todas las dificultades.

Hagan las burguesías y sus políticos lo que quieran después de la guerra para continuar consolidando su propiedad y con las reformas que quieran para engañar nuevamente a sus esclavos y hacer ver que hacen, nosotros continuaremos propagando la idea de la necesidad —inevitable, diga lo que quiera el reformismo— de que el proletario robustezca su organización de clase con el fin de expropiar a la burguesía y socializar todas las riquezas. ¿Espanta esto a los de arriba? Pues van fatalmente a desencadenar nuevas guerras. ¿Asusta a los de abajo? Pues serán las primeras víctimas de ellas. El fracaso de la democracia, más o menos socialística, no puede ser más evidente. No es conquistando el «poder político», *hechura del capitalismo*, tanto en monarquía como en república, como el proletariado va a ser dueño de sus destinos. Lo deja dicho todo un señor subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros español, aunque mañana se contradiga, sea por miedo a una revolución proletaria o sea por conservar su cargo. Que así las gastan estos clarividentes... a ratos.

(1) La figura no es muy acertada. Cuando estalla uno de esos cataclismos lo sufrimos, pero no nos *ponemos de su parte*, al contrario, estudiamos estas fuerzas naturales para vencerlas; tampoco nos ponemos *al lado* de la imprevisión que nada hace para aminorar sus daños. La guerra es obra humana; tiene su causa en la propiedad privada que individual o colectivamente desata ambiciones, en la autoridad que las ampara y en la religión que las azuza. Por no ver esto los proletariados, perpetúan la guerra las ambiciones de los que la provocan con su intencionada imprevisión.

(2) Lejana por la estupidez de la multitud. Millares son las veces que los escritores de la burguesía, repetidos como un eco por el vulgo de todas las clases sociales, han arrojado al rostro de nuestro revolucionarismo los calificativos de «violento», «sanguinario» y otros por el estilo porque, no creyendo en la virtualidad de los reformismos políticos, «aconsejamos» a los pueblos que hagan un supremo esfuerzo material para libertarse de todas las tiranías religiosas, políticas y económicas. Nos asombra que los calificantes no vean la viga en sus propios ojos. ¡Cómo! ¡Las burguesías desatan la más formidable guerra que han visto los siglos, destruyen en un par de años riquezas que costaron decenas y decenas de años de trabajo mental y corporal, sepultan en millares de fosos millones de hombres, sumen en la miseria millones de hogares, condenan a horfandad millares de niños, preparan con aquella miseria unas generaciones de tísicos y desparraman por las calles millares de lisiados, y los violentos y los sanguinarios y los catastróficos son... los anarquistas! Las burguesías «exigen» de los proletarios este horrendo sacrificio y los proletarios se sacrifican resignados, sin más esperanza de premio que la fosa que cubre los destrozados cuerpos y los hospitales que amputan sus miembros. Y cuando nuestra clarividencia les dice: ¡sacrificaos siquiera por vuestro pan, batios por vuestra libertad! nos vuelven la espalda y corean aquellos calificativos... ¿Acaso es matemáticamente seguro que una revolución produciría mayores males? ¿No estaría justificado que respondiendo al llanto y quebranto de les multitudes les claváramos en la frente, como un *inri*, el calificativo de imbéciles? Pero no, no podemos hacer más que señalarles el peligro de su inconsciencia. Demasiado sabemos que su propia ignorancia castiga su gran apatía. Esclavos por la mente y por el corazón, diríamos que son irredimibles si no supiéramos que algún día el sofisma deslizado por los escritores burgueses al oido de tanto incauto, se vendrá al suelo con el machaconeo de nuestras propagandas. Como decía un querido compañero nuestro: «las cosas llegan cuando tienen que llegar, aunque a nosotros nos reviente que no lleguen antes.»

Confusión y pesimismo

No vamos a refutar la totalidad del artículo *Mi opinión ante la realidad*, firmado por el compañero Corzo Zeda, porque casi todo su contenido lo suscribimos nosotros mismos.

Vamos, pues, solo a hacer algunas observaciones de lo que es a todas luces inexacto o erróneo.

Corzo Zeda nos consta escribió su artículo pretendiendo «aportar un criterio mejor meditado que obligue a una reacción consciente de la vida anarquista»; y para ello todo su interés fué que se publicara en TIERRA Y LIBERTAD por ser, según él, «el periódico donde más predomina el error rutinario de la vieja idea anarquista». Su creencia, pues, de que «su opinión anarquista está en oposición con la que tienen la gran mayoría de los que así se llaman y entre ellos el grupo de TIERRA Y LIBERTAD», fué lo que le indujo reiteradamente a pedir su inserción, pues —dijo—«tengo interés marcado en su publicación, ya que demuestra mi evolución ideal hacia modalidades más racionales, posibles y superiores».

Y leímos el artículo y no supimos ver, a pesar de nuestro *rutinarismo*, nada, absolutamente nada *original* en el concepto de la idea anarquista en sus *modalidades*, ninguna «idea *suya*» y ni siquiera nada *nuevo* en detalle.

Todo cuanto dice referente a la idea anarquista se viene diciendo desde que el anarquismo existe y lo decimos en sus múltiples variedades y en diversidad de asuntos todas las semanas en TIERRA Y LIBERTAD y se dice en todos los periódicos anarquistas del mundo. Tanto es así, que, si valiera la pena, cotejaríamos lo contenido afirmativo de la idea anarquista del artículo de Corzo Zeda con otros publicados en la prensa anarquista toda, y veríamos unas coincidencias de concepto y de forma que parecerían plagios.

Siempre han dicho los anarquistas, *todos* los anarquistas, y Corzo Zeda no hace más que repetirlo, que «la Anarquía sintetiza la máxima expresión de la libertad y el disfrute de la vida y la superación de todas las manifestaciones del individuo.» Siempre han dicho los anarquistas, *todos* los anarquistas, que la humanidad «avanzando en su capacitación intelectual, sutilizando delicadamente sus cualidades fisiológicas psíquicas y morales, progresa hacia una meta superior, obligada por una ley que determina su propia naturaleza», y que, por consiguiente, esta progresión señala siempre un más allá hacia «las inalcanzables perpectivas de libertad y bienestar que se vislumbran en el horizonte filosófico de la idea anarquista.»

Pero, lo que los grandes pensadores y escritores anarquistas no han dicho jamás, como insinúa Corzo Zeda en su artículo, es que el ideal concreto y determinado deba someterse uniformemente en la vida social e individual universalmente en todas las variedades del tipo humano.

Eso es una majadería que *casi* todos los anarquistas no han dicho nunca.

Así, pues, vamos a refutar del artículo de referencia, no los conceptos sobre la idea anarquista, que son los mismos conceptos manifestados por *todo el resto* de los anarquistas, sino sobre puntos aislados y sobre torcidas interpretaciones de los conceptos «igualdad» y «desigualdad» manifestadas ya por tantos y tantos escritores burgueses al pretender impugnar el socialismo en general y el ideal anarquista en particular. Ni siquiera en esto ha sido original el compañero Corzo Zeda.

El espíritu de su artículo es el de querer demostrar la existencia de un antagonismo entre el individuo y la sociedad anarquistas, entre las manifestaciones particulares del individuo y el desenvolvimiento de la sociedad, es decir, afirmaciones anárquicas opuestas y contrapuestas.

Y no lo puede demostrar, porque no es posible.

No hay opiniones anarquistas opuestas.

Todas las afirmaciones anarquistas propiamente dichas, aun las más distintas y *desiguales*, son armónicas entre sí, puesto que la una no es obstáculo a la otra; en caso contrario, una de las afirmaciones se convierte en negativa de la Anarquía, negándose a ella misma. Es como si un individuo libre atentara contra la libertad de otro individuo libre; dejarían de ser libres los dos y el primero demostraría ser antianarquista.

El anarquismo *no aspira a gobernar* a los individuos, sino a gobernarse cada uno por sí mismo, sin que nada exista que pueda ser obstáculo a este auto-gobierno de cada uno: la autonomía individual.

El absurdo de pretender afirmar un anarquismo contrario, opuesto, antagónico, incompatible con *otro* anarquismo, es decir, con la Anarquía, es equivalente a afirmar la actual *anarquía* (!) burguesa, es decir, el presente estado social e individual con sus intereses opuestos originarios continuamente de choques entre individuos, entre clases y entre naciones. En la actual *arquía* y en las actuales *cracias*, la vida de un partido es la muerte de los demás partidos; la vida de una *clase* de individuos es en detrimento de la vida individual de otras *clases*, gobernadas, dominadas por los que, con *su* vida, absorben, anulan la vida libre de los demás. Y esto, ni siquiera algo semejante a esto, en la Anarquía no es, no puede ser, por no existir *arquías* ideológicas que impongan a la fuerza *su* modalidad a los demás individuos. Por consiguiente, en la Anarquía, sin intereses opuestos, sin partidos *gobernantes*, cada individuo vive a *su* gusto o a *su* manera y, *gobernándose a sí mismo* SIN IMPONERSE A LOS DEMÁS, todos viven, de lo que resulta la armonía y no pueden originarse choques.

Un anarquista puede tener una concepción de vida anárquica distinta de otro anarquista, como así un pueblo de otro pueblo pueden tener cada uno su manera propia de ser, como distintos pueden ser sus gustos, costumbres y predilecciones, sin que la vida de uno dificulte la vida de otro, pues nadie gobierna a los demás. ¡Todos viven *su* vida!

Han perdido, pues, el tiempo los que han pretendido desvirtuar la Anarquía señalando diferencias entre los individuos, *afeándola* los no anarquistas por no vestir uniforme y *acusándola* algunos llamados anarquistas de... uniformidad, cuando precisamente la belleza de la Anarquía consiste en la armonía de las diferentes notas y en la ausencia de uniformidad que nadie impone.

Y sobre este error viejo y rutinario tantas veces manoseado, nos explica Corzo Zeda sus creencias cándidas de cuando *era optimista* y su *despertar ante la realidad* que le llenó de pesimismo.

Cuando dice: «una modalidad ideal no se halla al alcance y comprensión idéntica para todos los entendimientos», y que «tal diferencia es imprescindible al equilibrio, armonía y vida, ya que esta desigualdad es la base del movimiento y la vida universales», confunde lastimosamente la *desigualdad* con la *variedad*, exactamente igual que el tradicionalista Polo y Peyrolón en su folleto *Burgueses y Proletarios*, impreso hace veintiocho años.

No es extraño que la igualdad social sea fuertemente negada por toda suerte de parásitos sociales y mangoneadores de la cosa pública, por la cuenta que les tiene, ya que toda su posición social se basa en la desigualdad. Pero lo raro es que hombres a los que no puede moverles ese egoísmo y que parece debieran haber estudiado la sociología anarquista sostengan con cierta convicción que la igualdad social no está en la Naturaleza.

Precisa verdaderamente sufrir la obsesión causada por una historia larguísima de errores profundos para que pueda afirmarse que la desigualdad es natural condición humana. ¿En qué se apoya tal absurdo? Desde Polo y Peyrolón a Corzo Zeda todos han coincidido en el mismo punto: en que los hombres *individualmente* considerados, no son iguales, como no son enteramente iguales dos huevos o dos gotas de agua; en que los hombres, ni física, ni intelectual ni moralmente son iguales; en la desigualdad de estatura y de narices; en la diversidad de color; en que un europeo no es como un africano; en la diversidad de intelectualidad, etc. Y como ni la estatura, ni la nariz, ni el color, ni la inteligencia son iguales en todos los individuos parten de esta base para construir su castillo de sofísticos razonamientos y llegan a la conclusión de que la igualdad es un ilusionismo imposible de trocarse en hecho real y positivo

En todos los libros maestros de los pensadores anarquistas se han tenido que refutar tan *doctorales* afirmaciones.

Es cierto que cada individuo es distinto a otro en lo físico, en lo moral, en todo: dos cosas exactamente iguales no se encuentran. La variedad es hija del movimiento; la igualdad física sólo se comprendería con la inercia, el quietismo, la muerte. Pero, ¿es esa la igualdad que proclamamos los anarquistas, los más ardientes partidarios de que *el* INDIVIDUO, *en sus diferenciaciones, genialidades, sentimientos, aptitudes*, pueda vivir satisfecho, sin ser cohibido en sus naturales impulsiones, pueda producirse como mejor se acomode con su temperamento? No hay un hombre igual a otro, pero todos tienen igual orden de necesidades comunes. Que uno consuma más que otro, ¿impide que todos tengan igual derecho de consumir lo que le sea necesario a cada individuo? Y así, ¿no se satisface la variedad y no subsiste la igualdad en la Naturaleza? Y si pasamos a lo que es esfuerzo del hombre: que uno sea un sabio y otro sea un inexperto, ¿faculta que el primero, privilegiado por naturaleza, menoscabe los derechos y la libertad y el goce de todos los medios de la sociedad al segundo? ¿No se coloca en circunstancias a todos para que goce más quien más apto sea para gozar, sin que se cohiba la dicha del menos desarrollado para ello? Hay aquí un falso concepto de la igualdad.

Es un sofisma, una preocupación, plantear la cuestión como la han planteado los «Pedros», los «Juanes» y los «Diegos» de la burguesía y que después de tantos años repite Corzo Zeda presentando estos sofismas como «ideas suyas»...

¡Cuantas vulgaridades, cuantas vaciedades se han amontonado para demostrar lo imposible de una sociedad igualitaria!

Igualdad de medios, facilidades a todos, y no igualdad de fines; eso es lo que nosotros entendemos por «igualdad social».

Corzo Zeda, pues, al decir en su *nota*: «considerando la desigualdad como base esencial y motriz para las manifestaciones de la vida, no debo ni me preocupa la igualdad económica», confunde la *desigualdad* con la *variedad*, contradiciéndose de una manera enorme al reconocer, a renglón seguido, que le «basta y es una aspiración posible y racional el disfrute completo de todas las satisfacciones humanas». ¿Acaso esto último no es la afirmación de la igualdad económica que preconizamos «casi» todos los anarquistas?

Y por esa confusión del compañero Corzo Zeda resulta tergiversado el sentido de la interrogación final de su nota, porque ¿qué significado tiene la *desigualdad* allí donde se satisfacen todas las necesidades?

Después de haber leído la parte del artículo donde nos manifiesta sus pasados errores de cuando *era optimista* no nos extrañan sus errores presentes, de cuando *es pesimista*. Entonces veía la Anarquía de una manera inocente, como la cosa más rápida y fácil, al alcance de la mano: «bastaba que todos nos preocupáramos de plantar árboles frutales de todas clases, en plazas, calles, paseos, jardines, carreteras y bosques», y que aprendiéramos todos «un idioma auxiliar universal, por ejemplo el esperanto». Ahora, persuadido de que aquella *jauja* que se había formado en su imaginación no es cosa factible por... la *desigualdad* individual de los hombres, no quiere continuar engañándose a sí mismo.

Por el último párrafo de su artículo se nos figura que el compañero Corzo Zeda confundió el movimiento obrero o sindicalista con el anarquismo, confusión que nosotros hemos combatido siempre y que se combate en todos los periódicos anarquistas del mundo. Indudablemente esta confusión ha sido la causa de su actual «formidable pesimismo que parece ennegrecer *su* vida y aplastar *su* voluntad».

De veras deseamos que al compañero Corzo Zeda se le desvanezca su pesimismo anulador.

Los pesimistas no han dado nunca empuje alguno a la humanidad, no han hecho ni pueden hacer obra *óptima* alguna.

El pesimismo conduce a la muerte moral y hasta a la material. Los suicidas en el momento supremo ejecutan la escena final del pesimismo.

JOSÉ MAS-GOMERI

Filosofía del arroyo

...Y el loco pasó junto a un hombre harapiento y escuálido, que con la vista baja extendía una mano implorando limosna; y encarándose con él le imprecó con voz tonante:

«¿Qué haces, infeliz? ¿Pides una limosna?... Voy a socorrerte... Aunque no sé en verdad para qué necesitas del alimento. Porque solo necesita de alimentarse lo que tiene vida, y en ti ha muerto todo ya. Se te ha evaporado la conciencia y se te ha petrificado la razón. Te has aclimatado al dolor y ya no lo adviertes; te has vuelto cretino insensible; no sientes ni moral ni físicamente. Como una piedra, dejas impasible que todas las calamidades pasen sobre ti. Estás convencido de tu inferioridad. En ti se ha hecho carne la mansedumbre, la humildad. Resignarse es morir, y tú te has resignado. La pobreza no existe, solo existe la resignación.

Pero dime: ¿cómo has dormido tanto tiempo que no te has dado cuenta de que te robaban?... Porque tú naciste rico como aquél otro que va en automóvil, pero te descuidaste y él te robó. El sol salió para alumbraros a los dos por igual, pero él te usurpó tu parte de luz arrojándote en la noche desventurada en que vives. ¿No comprendes ésto?... Ya lo sé. Este es un nuevo lenguaje para ti. La música de la Redención no acarició nunca a tu espíritu. Las musas de la Libertad no hablaron nunca a tus oídos.

Mira, hombre: Pablo de Tarsis les dijo a los jueces del Areópago: «Ved aquí al Dios desconocido». Yo te digo a ti: hay otra vida más grande. Es más noble matar que matarse. Entre un asesino y un suicida el primero es divinizable y execrable el segundo. Y tú en la sociedad tienes el papel de suicida. Tu espíritu ha renunciado a vivir ya. Ni siquiera lloran tus ojos, porque el sentimiento se ha helado en tu conciencia. Pero tienes un medio: reaccionar. Levántate y anda, lucha. Luchar es vivir. Despréndete de tus atavismos y tus preocupaciones. No respetes nada. El respeto es una virtud de cobardes, un precepto de la moral de los esclavos. No hay nada respetable. Toma tu revancha contra la sociedad; la ley del Talión te ampara: «ojo por ojo, diente por diente». Es el único remedio posible. ¿No comprendes esto?... ¿No hay en ti nada que se subleve? ¿No se te alcanza que ningún ser tiene más derecho que otro?... Pues es así. Y tu miseria dejará de ser el día que sepas reaccionar contra el medio que te repele; el día que sepas volverte contra el estado actual de cosas; el día que tengas capacidad suficiente para hacer una revisión de valores, para invertir y subvertir el orden social y la moral de los hombres.

Esta es la limosna conque yo puedo socorrerte».

Así habló el loco.

DIEGO RAMON